

La historia del trabajo y los trabajadores hoy Algunas reflexiones a propósito del centenario de la fundación de la USO (1923-2023)

History of work and today's workers Some reflections on the centennial of USO foundation (1923-2023)

Luz Ángela Núñez-Espinel¹ ; Renán Vega-Cantor²

¹ Doctora en Historia, Universidad de los Andes. Profesora Departamento de Historia, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá. Correo: lanunez@unicolmayor.edu.co

² Doctor en Estudios Políticos, Universidad de París VIII. Pensionado Universidad Pedagógica Nacional, Bogotá. Correo: cursorsvega@gmail.com

Recibido: 13 de julio de 2023 - **Aceptado:** 10 de agosto de 2023

ISSN 2027-552



Resumen

En febrero de 2023, la Unión Sindical Obrera (USO) cumplió cien años de fundación. A propósito de este acontecimiento, el artículo reflexiona sobre la historia del trabajo y de los trabajadores, analizando diferentes perspectivas de la relación entre conocimiento histórico, presente y desafíos del movimiento obrero actual. El texto está estructurado en dos apartados: en el primero se esbozan algunas reflexiones sobre la importancia del conocimiento histórico para develar asuntos de nuestro tiempo, afirmando la relación entre historia y presente. En el segundo, se identifica y analiza una serie de aspectos clave de la historia particular de la USO, pero cuya influencia va más allá de esta organización sindical, y se proyectan simultáneamente como legados y retos para el movimiento sindical actual.

Palabras clave: movimiento obrero, sindicalismo, historia del siglo XX, unión sindical obrera, trabajadores, historia social.

Abstract

In February, 2023, the Unión Sindical Obrera (USO) made a hundred years in service. Despite this, the article reflects about the history of work and their workers, analyzing the different perspectives of the relation between historical knowledge, present and challenges of the current labor movement. This text is structured in two parts: first one to discuss some reflections about the importance of historical knowledge in our time, stating the relation between history and present. The second one, to identify and analyze a series of aspects of USO, whose influence goes beyond this labor organization and at the same time transmits legacy to the current labor movement.

Keywords: Labor movement; Unionism; 20th century history; Unión Sindical Obrera; Workers; Social history.

Cómo citar: Núñez-Espinel, L. & Vega-Cantor, R. (2023). La historia del trabajo y los trabajadores hoy. Algunas reflexiones a propósito del centenario de la fundación de la USO (1923-2023). *Cambios y Permanencias*, 14 (2), pp. 25-40. DOI: <https://doi.org/10.18273/cyp.v14n2-202303>

Introducción

“Los procesos pasados son, en principio, inobservables, solamente sus resultados congelados se mantienen como evidencia de la historia [...]. Para aprender sobre procesos pasados es necesario comparar estos resultados previos con fenómenos modernos provocados por procesos que podemos observar directamente. En este sentido, el presente debe ser la clave para el pasado” (Gould, 2020, p.168).

La Unión Sindical Obrera (USO), sindicato que aglutina a los trabajadores de la industria petrolera, cumplió un siglo de existencia en febrero de 2023; todo un acontecimiento en un lugar tan violento y antidemocrático como lo es Colombia, el país del *sindicalicidio*¹. Este hecho, de un amplio significado histórico y político, es la base para analizar en perspectiva algunos hechos de nuestro tiempo, referidos a los trabajadores y al sindicalismo; se evidencian las posibilidades que ofrece el análisis histórico para la comprensión de los procesos sociales, en una perspectiva que supera la llana narración de acontecimientos.

La creación del sindicato fue obra de trabajadores, campesinos y líderes sociales de la región de Barrancabermeja, que, de manera clandestina, se empezaron a organizar para hacer frente a las problemáticas derivadas de la implantación del enclave petrolero de la Tropical Oil Company en la zona. Desde su fundación, el sábado 10 de febrero de 1923, a orillas de la quebrada La Putana, hasta la actualidad, la USO² se ha consolidado como una de las organizaciones sindicales más fuertes del país, y durante un largo periodo logró establecer una relación singular con la población de sus áreas de influencia, que solamente pudo quebrarse mediante la violencia y la generalización del neoliberalismo a finales del siglo XX (Gil, 2016 y Rivera, 2021).

Trascendiendo el ámbito de las reivindicaciones laborales, la USO ha impulsado una posición política de corte nacionalista —primero, contra los enclaves petroleros extranjeros y, posteriormente, en oposición a las políticas extractivista neoliberales—, con resultados concretos, como fue la creación de la estatal petrolera Ecopetrol en 1951 (Caro, 2013). Mas, recientemente, y en contravía de la tendencia dominante, la USO logró transformarse en sindicato de la industria del sector minero energético, ampliando su presencia a nivel nacional.

En este largo transcurrir, el movimiento obrero ha generado un gran acervo documental, que constituye una fuente invaluable para la historia de los trabajadores colombianos. Con motivo de la conmemoración del centenario de la USO, durante 2021 y 2022 se realizó un proyecto de investigación y compilación documental que dio lugar al libro *La USO 100 años de lucha y dignidad*, en donde se presenta una visión panorámica, de índole documental y fotográfica, sobre ese proceso (Vega Cantor y Núñez Espinel, 2023). Basándonos en esa documentación, y en nuestra propia experiencia investigativa sobre la historia de la USO, en este artículo se presentan algunas de las proyecciones presentes que se derivan de esta centenaria historia.

El texto está estructurado en dos apartados: en el primero se esbozan algunas reflexiones sobre la importancia del conocimiento histórico para develar asuntos de nuestro tiempo, afirmando la relación entre historia y presente. En el segundo, se identifica y analiza una serie de aspectos clave de la historia particular de la USO, pero cuya influencia va más allá de esta organización sindical, y se proyectan simultáneamente como legados y retos para el movimiento sindical actual.

Importancia del conocimiento histórico para el presente

En una época de culto al presente y a la novedad perpetua —expresada en forma elocuente en el fetichismo de las innovaciones microelectrónicas—, se hace necesario rescatar la importancia del

¹ Este término hace referencia al proceso de persecución violenta del movimiento sindical, que, con variaciones en cada uno de los subperiodos, se ha mantenido a lo largo de un siglo como una característica singular del caso colombiano, como se estudia en Vega (2021).

² En la documentación original de la época, el sindicato aparece con dos denominaciones: Unión Obrera y Unión Obreros. El nombre definitivo, que mantiene hasta la actualidad, Unión Sindical Obrera, fue adoptado en uno de los procesos de reconstrucción del sindicato a comienzos de la década de 1930. (Unión Obrera, Febrero 12 de 1923; “Resolución N° 137 de 1934”).

conocimiento histórico en la perspectiva de vincular pasado y presente. Partimos de la premisa, planteada por Walter Benjamin, que sostiene que el presente es el eje de la historia. En esa perspectiva, el pasado no está quieto ni está configurado por un conjunto de hechos consumados y cerrados. Por el contrario, el pasado es perpetuamente móvil, puesto que el presente lo actualiza, algo así como que desde el presente se realiza un gesto constructivo del pasado. Actualización que se opone a la noción de progreso y al tiempo lineal y acumulativo (Benjamin, 2005, p. 462).

El historiador está inmerso en su tiempo, en su presente, y desde allí se conecta con el pasado, lo cual quiere decir que el historiador se entrecruza con el pasado a través de una lectura que está condicionada por su experiencia en el mundo en que vive y siente. Así, el pasado permanece abierto de acuerdo con los requerimientos del presente. Desde esta perspectiva, el pasado no es un hecho consumado, sino que tiene potencia para volverse legible en el ahora. Benjamin lo explica haciendo alusión a la importancia de la imagen que intercepta los hechos fugaces del pasado: “La verdadera imagen del pretérito pasa fugazmente. Sólo como imagen que relampaguea en el instante de su cognoscibilidad para no ser vista ya más, puede el pretérito ser aferrado” (Benjamin, 2009b, p. 41).

De la formulación que hace Benjamin se deriva que el conocimiento histórico nunca se agota, y no hay una última palabra, porque desde el presente se está actualizando el pasado, rearmándolo una y otra vez. Por ello, en la perspectiva benjaminiana: “Ha de exigirse del investigador abandonar una actitud serena, la típica actitud contemplativa, al ponerse enfrente del objeto; tomando así conciencia de la constelación crítica en la cual este preciso fragmento del pasado encuentra justamente a este presente” (Benjamin, 2009a, p. 71).

Desde luego que ello no supone reivindicar el anacronismo, ni proyectar en forma rígida y mecánica las problemáticas del presente al pasado. No significa dejar de estudiar con rigor el pasado, obviando la búsqueda de su propia lógica explicativa y evadiendo la comprensión del contexto y las condiciones en que se desarrolló. Nada de eso. Lo que se plantea es que desde nuestro presente analicemos el pasado, investigándolo con el mayor cuidado posible, pero siempre teniendo en cuenta que el pasado no existe en sí mismo ni para sí mismo. Existe en la medida en que desde el presente un historiador lo interroga y eso se hace extensivo no solamente a los investigadores sino a una sociedad en general, puesto que gran parte de los asuntos que afectan y preocupan a las generaciones actuales no pueden explicarse ni entenderse al margen de su devenir temporal.

En el caso específico que nos ocupa en este ensayo, lo que queremos enfatizar radica en que los grandes temas que involucran al mundo del trabajo y a los trabajadores podrían entenderse mejor si examinamos algunos aspectos pretéritos —pues como decía el novelista estadounidense William Faulkner “el pasado no está muerto, no es ni siquiera pasado” —, que pueden conectarse en forma directa con lo que acontece en nuestros días, eso sí, teniendo en cuenta las diversas condiciones y diferencias históricas.

Estudio de problemas en el presente y sus nexos históricos

Para acercarse a la comprensión del presente, algo imposible de realizar sin una perspectiva histórica, es importante partir del planteamiento de problemas que afectan a los hombres y mujeres de nuestro tiempo. Esto significa que el conocimiento histórico y su enseñanza deberían centrarse en problemas relevantes, en asuntos sociales que graviten en la vida de los seres humanos de hoy en día. A partir de allí y en una forma retrospectiva deben abordarse la génesis, cambios y permanencias de esos problemas.

Cuando hablamos de problemas nos referimos a un conjunto de situaciones que afectan a amplios grupos humanos y que exigen preguntarnos las razones por las cuales se generan y a partir de allí buscar posibles alternativas. Esto apunta a que nos interroguemos qué posibilidades se plantearon en el pasado y las consecuencias de adoptar determinados caminos.

Con respecto a la importancia de la investigación histórica y su enseñanza en la senda de ayudar a develar nuestros problemas como sociedad, Josep Fontana plantea que se debe “explicar sus orígenes y su

evolución, con el fin de ayudar a formar la conciencia colectiva, para enseñar desde la escuela a que cada uno mire a su alrededor, se entere del mundo en que vive, piense por sí mismo y escoja su propia respuesta a estas realidades” (Fontana, 2018, p. 13).

En este sentido, el estudio del pasado debe orientarse en el camino de aclarar cuestiones fundamentales de profundo impacto en el mundo de hoy, y para eso existen algunas posibilidades: buscar las raíces históricas de problemas actuales y recalcar que lo que hoy acontece es resultado de adoptar determinadas opciones y no algo que está fatalmente condicionado a ser de la forma como actualmente se presenta. O dicho con las palabras del historiador de los Estados Unidos Arthur Schlessinger (como se citó en Fontana, 2018):

Cuando aparecen nuevas urgencias en nuestro tiempo y en nuestra vida, el historiador vuelve su foco, examinando las sombras, sacando a primer plano cosas que siempre estuvieron allí, pero que los historiadores anteriores habían dejado al margen de la memoria colectiva. Nuevas voces surgen de la oscuridad histórica y piden nuestra atención (p. 13).

Plantear problemas apunta a una perspectiva histórica de futuro, ya que hacerlo contribuye a generar conciencia histórica para comprender lo que acontece hoy y actuar en forma seria y responsable, en concordancia con las necesidades urgentes de nuestro tiempo, para construir otro mañana. En consecuencia, el conocimiento histórico debería proporcionar elementos de juicio para entender los problemas actuales y actuar conscientemente para solucionarlos.

En relación con nuestro tema, partir del planteamiento de problemas relevantes del mundo del trabajo supone señalar que sus transformaciones no apuntan hacia un horizonte mejor —en la lógica progresista—, sino a un empeoramiento generalizado, aunque, desde luego, con pocas excepciones. Los trabajadores de nuestro tiempo soportan problemas que no son, ni mucho menos nuevos, aunque algunos de ellos tengan manifestaciones fenoménicas diferentes. Al respecto, valga mencionar que la flexibilización, la precarización, la informalización, la feminización son tendencias de larga data, inscritas en la arremetida general del capital contra el trabajo de los últimos 40 años y que han logrado desorganizar a los trabajadores y deslaborizarlos, esto es romper las identidades colectivas, generar individualismo, competencia y luchas intestinas entre los trabajadores que los dejan aislados frente al capital (Castel, 2010). Por supuesto, esto no siempre ha sido así, porque en otros momentos los trabajadores, mediante la organización y la lucha, alcanzaron importantes logros que mejoraron sus condiciones laborales y su nivel de vida.

Utilidad de la recuperación de la historia para los trabajadores

En su momento, la historia desde abajo configuró una perspectiva historiográfica novedosa que contribuyó al cuestionamiento de la historia política institucional dominante e introdujo una reflexión duradera sobre quiénes eran los protagonistas y los “dueños” de la historia (Zemon Davies, 1998, pp. 111-118). La historia de los trabajadores fue una de las áreas donde más se desarrolló la historia desde abajo, pero ello no invalida la pregunta sobre su pertinencia en la actualidad. Al respecto, planteamos que si tenemos una noción de utilidad que vaya más allá de lo rentable, la historia cumple un papel importante para los trabajadores —protagonistas del movimiento sindical—, en múltiples sentidos, como lo esbozamos a continuación.

Presentes recordados: la historia como memoria colectiva le proporciona conciencia a un grupo humano, de la misma forma que la memoria personal le concede identidad a un individuo particular. En la formación de esa conciencia son fundamentales la percepción, la memoria y la asignación de valores. Sin embargo, dicha memoria colectiva no opera por simple acumulación de datos individuales ni por agregación de los del conjunto del grupo. Su funcionamiento es algo más complejo. Según los neurocientíficos, la capacidad de construir una escena mental integrada depende no solo de la categorización perceptual de los estímulos sensoriales entrantes (el presente), sino también de la interacción que establece con los recuerdos categorizados (el pasado). Denominan a esta escena mental integrada “presente recordado”. David Eagleman nos dice, por ejemplo, que la cantidad de información que fluye desde el córtex visual cuando miramos es

diez veces superior a la que incide en él. “Vemos gracias al conocimiento”, sostiene ese neurocientífico. Dicho de forma sencilla: mirar y recordar se basa en lo que vemos en un momento determinado combinándolo con lo que ya sabemos a partir de las muchas veces que hemos mirado o recordado. La historia puede construir, así, “presentes recordados” y crear escenarios contrafactuales, escenarios en los que el pasado cobra vida en el momento en que se le convoca (Pontón, 2019).

Múltiples presentes y cruce de tiempos: en el mundo contemporáneo los procesos de expansión mundial del capitalismo han generado una disparidad de tiempos en todos los ámbitos de la vida social. Esto implica que coexisten al mismo instante procesos históricos diferentes: por una parte, los relacionados en forma directa con el capitalismo altamente tecnologizado, con su ritmo febril, sus novedades, innovaciones e hiperconsumo; por otra parte, sociedades y grandes grupos humanos sometidos a terribles condiciones de vida en países enteros (Afganistán, República Democrática del Congo, Somalia, Haití, Irak, Siria) o en grandes regiones de un país (Chocó, Guajira, antiguos territorios nacionales en Colombia) en los que predomina la miseria, el hambre, la desnutrición, aunque pueden vivir en lugares ricos en materias primas o bienes energéticos; y también están las sociedades y grupos humanos que viven entre esos dos mundos, aunque con una tendencia más acentuada a caer en las escalas más degradadas de la vida social. En pocas palabras, el capitalismo realmente existente es terriblemente desigual y la tan manida globalización que se usa para hablar de todo y no explicar nada, que en verdad es la expansión mundial del capitalismo, ha amplificado esas desigualdades hasta el punto de que el mundo real no sea tan contemporáneo, si por contemporaneidad entendemos el predominio de una misma y única temporalidad. En efecto, hay muchos presentes coexistiendo o, más exactamente, el mundo actual no es tan moderno y sofisticado como pretenden los propagandistas de la globalización.

Y esto tiene muchas implicaciones en el mundo laboral, en la medida en que el trabajo en el capitalismo es profundamente heterogéneo. Coexisten en el mismo momento y lugar el trabajo altamente tecnologizado con el trabajo degradado, la flexibilización absoluta con los derechos laborales para una minoría de asalariados, la informalización laboral con el empleo fijo, y un largo etcétera. Pese a esos diversos presentes que se encuentran en el mundo del trabajo, entre ellos existen interconexiones: la precarización, largas jornadas de trabajo, ritmos intensos, desorganización y crisis de los sindicatos, aumento de la explotación y reaparición de la producción de plusvalía absoluta.

El campo del petróleo no es la excepción a lo antes planteado y allí encontramos el entrecruzamiento de varios presentes entre los que en forma esquemática se destacan dos: el retorno de los enclaves con las pésimas condiciones laborales y ambientales que los caracterizan y el de un sector cada vez más reducido de trabajadores de planta de Ecopetrol, con dignas condiciones laborales y salariales. En el medio, una masa cada vez más creciente de trabajadores manuales y administrativos (entre esos muchos ingenieros) sin garantías laborales, con contratos basura, inestabilidad permanente en el empleo y pocas perspectivas de mejorar sus condiciones de vida en las actuales circunstancias.

Rememorar las luchas y triunfos de los plebeyos para revivir la esperanza: los nexos entre pasado y presente en el caso de los trabajadores son de gran alcance si nos situamos en el plano de la lucha. En ese terreno deben recalcarse todo tipo de acciones que resalten la importancia de la acción directa de los subalternos. Más allá de las derrotas, sobresale la lucha como fuerza motriz de la potencia plebeya. Que esa lucha haya sido derrotada en un momento determinado no significa que no tenga un resplandor en el presente. El recordar esas luchas en el mundo de hoy implica rememorar esos instantes de fulgor en el que la gente común y corriente se enfrenta a los poderosos. Además, aunque el camino histórico de los sujetos subalternos esté atravesado por las derrotas, también se han cosechado triunfos.

Se trata de rescatar en el análisis del pasado, visto desde nuestro presente, las características, alcance y sentido de las luchas que se libraron, para proyectar hacia la actualidad las posibilidades, siempre abiertas, que nos brindan esos momentos de lucha, que también lo son de esperanza. Todas esas luchas, en palabras de Fontana (2018):

guardan una carga de aspiraciones que no deberíamos dejar que se olvidaran, porque contienen algo que puede seguir siendo valioso para el futuro. Era lo que sostenía Antonio Machado en los tiempos difíciles de la guerra civil española, cuando dijo que al examinar el pasado para ver qué llevaba dentro era fácil encontrar en él un cúmulo de esperanzas, ni conseguidas ni frustradas, esto es un futuro (p. 12)

En este sentido, la historia como memoria colectiva debe contribuir a preservar las semillas de esperanza entre los oprimidos, porque las luchas pasadas contienen “una pluralidad de experiencias que es preciso rescatar para enfrentarnos a nuestros problemas, para ‘pensarlos históricamente’, recurriendo a lo que hemos aprendido del pasado para tratar de comprender mejor el mundo en que vivimos y poder, así, transformarlo” (Pontón, 2019).

Esto supone reivindicar la esperanza —que no es sinónimo de optimismo— en la construcción de otros modos de vida y de sociedad, que nunca están cerradas, a pesar de que se haya impuesto la lógica derrotista del fin de la historia o que los proyectos colectivos no tienen futuro, en medio del predominio de la razón neoliberal que exalta el individualismo, el egoísmo, la competencia y la pasividad política. En estas condiciones, el conocimiento histórico resulta siendo vital para los trabajadores, porque en los momentos de peligro, un peligro permanente como el que vivimos hoy, el recuerdo de la lucha irrumpe como un relámpago que ilumina el presente. Como lo dijo Walter Benjamin: “Encender en el pasado la chispa de la esperanza es un don que sólo se encuentra en *aquel* historiador que está compenetrado con esto: tampoco los muertos estarán a salvo del enemigo, si éste vence. Y este enemigo no ha cesado de vencer” (Benjamin, 2007, p. 26, énfasis en el original).

En el caso de los trabajadores petroleros debe recordarse las diez grandes huelgas que realizaron entre 1924 y 2004, así como otras huelgas locales o regionales, paros y movilizaciones de diversa índole. En cada uno de esos momentos se evidencia un extraordinario tesón, desprendimiento, capacidad de entrega y de sacrificio. Asimismo, sobresale la defensa irrestricta de la soberanía nacional y la propuesta implícita de otro orden energético, en el cual los bienes naturales estén al servicio de la nación. En la apropiación de ese pasado plétórico de luchas yace la perspectiva de redireccionar el presente y construir otro futuro para los trabajadores y para el país.

Las voces que nos llegan del pasado

El título de esta sección evoca el título de una obra dedicada a la historia oral (Joutard, 1986), pero en este caso tiene un sentido diferente, puesto que se pretende enfatizar la relación entre pasado y presente como una posibilidad latente que solamente logra materializarse si los hombres y mujeres del presente tienen la sensibilidad y capacidad para interrogar y escuchar lo que el pasado puede enseñar al presente. Para desarrollar este argumento se presentan algunos ejemplos de la historia de la USO, que pueden ser vistos como episodios pretéritos o analizados en la perspectiva de los retos que afronta el movimiento sindical actual: la fundación, los nexos del sindicato con la población local, la política nacionalista, el uso extendido de la bicicleta, la reivindicación de la lectura y la cultura.

Fundación de la uso, clandestinidad y lugares de la memoria

La USO fue fundada el 10 de febrero de 1923 a orillas de la quebrada La Putana, cuando se reunieron varios trabajadores, bajo la conducción de Raúl Eduardo Mahecha. En esa misma fecha y lugar, un siglo después, nos dimos cita para recordar ese acontecimiento. La quebrada se conserva limpia, tranquila y apacible, algo que en sí mismo sorprende si tenemos en cuenta el nivel de destrucción y contaminación que generan las actividades extractivas. Al mirar la quebrada y escuchar el tranquilizador ruido del agua intentamos imaginar la silueta, las voces y gestos de esos trabajadores y activistas sociales reunidos en la noche, atentos y vigilantes por si se aparecían los “sapos” e informantes al servicio de la Tropical Oil Company, quienes andaban a la caza de todo aquel que pretendiera organizarse para enfrentar a la compañía estadounidense y plantear alguna mejora en las condiciones laborales de los miles de trabajadores que desde 1916 se

congregaron y acondicionaron el terreno para la posterior extracción del Oro Negro. Intentamos concebir lo que allí se dijo y se dispuso para dar por fundada a la Unión Obrera. Debemos recurrir a la imaginación —un elemento fundamental del conocimiento histórico—, dado que sobre la fundación de la USO solo tenemos uno que otro retazo del tejido social de lucha que se empezó a construir en esa noche sabatina. De allí surgió la Unión Obrera, como se le comunicó en un documento dirigido al Consejo Municipal dos días después, firmado por E. Sánchez Sanmiguel y Raúl Eduardo Mahecha (Unión Obrera, 1923).

No quedó ningún registro de lo que se discutió ni de lo que se acordó en esa reunión clandestina. Ni siquiera tenemos todos los nombres de los que se reunieron ese día. Sabemos que estuvieron presentes, aparte de los arriba nombrados, Manuel Francisco Hernández, José María Blanco, Pedro Sosa, Dionisio Vera, Juan F. Moreno, Víctor Pájaro, Alfredo Campos y Rozo Carrascal y que se estableció una cuota de afiliación de 10 centavos. Lo que sí queda claro, y lo evoca nuestra imaginación, es la determinación de esos hombres que, en medio de la selva y en la oscura noche, decidieron crear una organización de trabajadores, con plena conciencia de los riesgos y peligros que corrían ante la represión que dentro del enclave ejercía la Tropical por medio de sus esbirros de las fuerzas de la Policía y el Ejército del Estado colombiano.

Los trabajadores que se congregaron en ese lugar salieron entre satisfechos y expectantes. Satisfechos porque habían logrado su tarea de reunirse para gestar una organización que defendiera a los trabajadores, campesinos, colonos y habitantes de la región. Expectantes ante el riesgo personal que corrían de ese momento en adelante, cuando la Tropical Oil Company TROCO se enterara de que se habían atrevido a desafiar su poderío en sus propios territorios, pero también por saber cuál sería el resultado de su acción y cómo calaría entre los trabajadores. De una cosa sí debieron estar seguros, en concordancia con el trabajo previo de organización y agitación que había realizado Mahecha desde su arribo a Barrancabermeja en 1922, era que la gente estaba descontenta con la TROCO y solo esperaba una señal, un paso adelante, para concurrir con su fuerza y energía en la lucha contra el pulpo petrolero.

Imaginamos que cada uno de esos dirigentes salió con la consigna y el convencimiento de recorrer los campos petroleros, empezando por los lugares donde trabajaban y los que más conocían, para dar la buena nueva de que había nacido la Unión Obrera y de que era necesaria la afiliación de todos los trabajadores y habitantes de los campamentos petroleros, para convertir en una realidad lo que se bosquejaba apenas como un proyecto organizativo en la noche del 10 de febrero.

Esa reunión clandestina fue efectiva, porque enseguida se afiliaron a la recién fundada Unión Obrera centenares de trabajadores y campesinos de la región, como muestra palpable que desde su comienzo la USO fue algo más que una organización puramente gremial y exclusiva de los trabajadores petroleros. Una información de prensa consignaba que en 1924 la Unión Obrera tenía más de 3000 afiliados (El Espectador, 1924, octubre 4). Y fueron esos miles de afiliados los que participaron en la huelga de 1924, la primera prueba de fuego de la Unión Obrera.

Nos interesa recalcar dos hechos de la fundación de la USO en su proyección presente. Por una parte, el papel de los lugares de la memoria obrera y popular, y, por otra parte, lo que nos dice una reunión clandestina de trabajadores en la actualidad colombiana.

En cuanto a los lugares de la memoria, debemos recordar que ese concepto, acuñado por el historiador francés Pierre Nora, hace referencia no solo a espacios materiales, sino a fiestas, conmemoraciones, cantos y diversas representaciones simbólicas. Los lugares son, en consecuencia, de índole material e inmaterial, aunque los primeros son más fáciles de identificar. Lugares de la memoria comprenden, entonces, a “toda unidad significativa, de orden material o ideal, de la cual la voluntad de los hombres o el trabajo del tiempo ha hecho un elemento simbólico del patrimonio memorial de cualquier comunidad” (Nora, 1992, p. 20, como se cita en Allier Montaño, 2008, p. 166).

Por supuesto:

no es cualquier lugar el que se recuerda, sino aquel donde la memoria actúa; no es la tradición, sino su laboratorio. Por ello, lo que hace del lugar un lugar de memoria es tanto su condición de encrucijada donde se cortan diferentes caminos de la memoria como su capacidad para perdurar y ser incesantemente remodelado, reabordado y revisitado. Un lugar de memoria abandonado no es, en el mejor de los casos, sino el recuerdo de un lugar (Allier Montaño, 2008, p. 167).

La Putana, teniendo en cuenta esas consideraciones, es el recuerdo lejano de un sitio, pero no se ha constituido en un lugar de la memoria, por varias razones: no es un espacio que se visite en forma periódica y frecuente, y donde se realicen eventos conmemorativos o de evocación; el nombre perdura no tanto por el conocimiento de lo que allí se llevó a cabo hace un siglo —la fundación de la USO—, sino porque está referido, aparentemente, a una mujer que alcanzó celebridad en los primeros años del enclave, aunque tampoco esté del todo claro ni demostrado, puesto que según algunos documentos el sitio se denominaba La Putana desde la época colonial³; que sepamos tan solo al cumplirse el centenario de la USO un grupo de pensionados, trabajadores y trabajadoras decidió visitar el lugar.



Figura 1. Conmemoración del centenario de la fundación de la USO en la quebrada La Putana. 10 de febrero 2023. Fuente: foto archivo Renán Vega.

En cuanto a la fundación clandestina de la USO, a nuestro presente le dice mucho. Aunque hoy exista un cuerpo de leyes que permiten y autorizan la creación de sindicatos, eso es parte de lo que Diego Montaña Cuéllar (1963) llamó con mucho tino el “País formal”, el de las formas jurídicas que en teoría posibilitan el ejercicio pleno de los derechos y la democracia. En el plano jurídico sería fácil organizar sindicatos, solo se necesita reunir a 25 personas de una empresa determinada. Sin embargo, en el “País Real”, un vocable que también es de Montaña Cuéllar (1963), todo aquello que huele a sindicato es perseguido y reprimido, ya que el odio a los sindicatos es propio del sindicalicidio y de la cultura antisindical, característicos de Colombia (Vega Cantor, 2021 y Escuela Nacional Sindical, 2012).

Quienes en Colombia quieran organizar un sindicato a la luz del día, pronto se enteran de su osadía, aunque sea una acción perfectamente legal. En el mejor de los casos, van a ser despedidos de las empresas; en los peores, desaparecidos o asesinados (Escuela Nacional Sindical, 2012).

De tal manera que un siglo después de que la USO fue fundada en la clandestinidad, en Colombia, las cosas no parecen haber cambiado demasiado respecto a las dificultades reales para organizar un sindicato. Hoy, como hace cien años, debe organizarse con sigilo, en la clandestinidad, huyéndole a los esbirros y paramilitares de los patrones —sean nacionales o extranjeros— y, luego de garantizar la participación de un

³ La Putana ya se menciona en 1757 y se vuelve a nombrar a finales del siglo XIX y en plena guerra de los Mil Días. Ver al respecto: AGN-Colonia, Testamentaria Santander II, f. 831. De tal manera que cuando los trabajadores hablan de la Putana no están haciendo referencia a una prostituta, como lo dice la leyenda obrera, sino que retoman el nombre de siempre de la quebrada. Agradecemos al historiador Roger Pita que nos haya facilitado esa información.

número significativo de trabajadores, sí puede presentarse en público, aunque eso tampoco sea garantía de que vaya a ser aceptado y vaya a perdurar.

Los nexos del sindicato con la población local

Durante gran parte de su historia, hasta no hace mucho tiempo, la USO, como organización sindical de los trabajadores petroleros, mantenía un nexo directo con las comunidades locales, en donde se desarrollaban actividades relacionados con la explotación de hidrocarburos. En la práctica, la USO fue el emblema de lo que podría denominarse un *sindicalismo social*, de índole plebeya y popular. En gran medida, eso se explica por la forma cómo se implantaron los enclaves petroleros en diversos lugares del territorio colombiano, empezando por el de la TROCO. En los enclaves, una empresa extranjera llega y se apropia de un territorio que convierte en un dominio privado, con el apoyo directo del Estado, con la finalidad expresa de explotar un bien natural y llevarlo fuera del país. A esas regiones confluyen grandes masas de fuerza de trabajo procedentes de diversos lugares de la geografía nacional, generalmente hombres jóvenes y solteros o sin compañeras sentimentales, porque las empresas les prohíben a los trabajadores que vengan acompañados de mujeres. En los enclaves todo gira entorno a la explotación del recurso petrolero, y de allí surge la masa monetaria, a través del salario que se paga a los trabajadores, lo que dinamiza toda la actividad económica, social y cultural que se lleva a cabo en las zonas circundantes.

Esto hace que se establezca un nexo directo entre los trabajadores y las comunidades que van surgiendo en los enclaves y en sus radios de influencia. Todos los habitantes de las zonas de enclave, de alguna manera, están relacionados con el trabajo de los petroleros, empezando por las mujeres, entre ellas las trabajadoras sexuales, que efectúan labores diversas como lavar, planchar, cocinar para los obreros petroleros. Los comerciantes de toda índole desarrollan sus actividades teniendo en mente a los petroleros, porque son estos los que compran los productos y son los que consumen licor y gastan dinero en los sitios de diversión. Los campesinos de los sitios aledaños venden sus productos en los mercados que se abren en los enclaves y, en términos políticos, establecen nexos con los trabajadores ya que soportan la persecución de las empresas que no quieren que haya colonos en sus tierras... De esta manera, se forjan vínculos materiales y sentimentales entre los petroleros y las comunidades. Desde un principio esos nexos se evidenciaron durante las jornadas de protesta y las huelgas, puesto que el cese de actividades en los campos petroleros se sentía en forma inmediata y directa en las comunidades locales. Por ello, gran parte de las huelgas de la USO no fueron exclusivamente obreras, sino que en ellas participaron comerciantes, campesinos, prostitutas..., al sentir que lo que afectaba a los trabajadores petroleros los afectaba a ellos y ellas. De ahí la solidaridad real que emergía durante las huelgas y paros de la USO.

Así fue hasta finales del siglo XX, momento en que se cortaron los nexos entre el sindicato y las comunidades locales. Varios factores lo explican, entre ellos, la violencia que ha soportado en los últimos años la organización sindical, con 127 trabajadores asesinados, centenares perseguidos y obligados a refugiarse en otras regiones o en otros países, decenas encarcelados como resultado de montajes judiciales... En efecto, la violencia estatal y paraestatal ha sido un mecanismo muy efectivo de separación de los trabajadores de sus bases obreras y del conjunto de la población de las zonas petroleras. La arremetida brutal llevó a los dirigentes sindicales a protegerse y resguardarse por mera cuestión de supervivencia, y eso implicó un distanciamiento del resto de la sociedad local. Además, ha sido muy exitoso como mecanismo de dominación y de diferenciación social el que los dirigentes sindicales utilicen carros blindados y cuenten con guardaespaldas a su servicio. Simbólica y socialmente, esto tiene un impacto en las comunidades que perciben a los dirigentes sindicales como individuos privilegiados y distintos al resto de la sociedad local, que disfrutaban de unas condiciones materiales que poco tienen que ver con su pobreza y opresión.

La violencia también ha generado otra forma, que podemos llamar indirecta, de ruptura entre trabajadores y comunidad. Como es evidente en las zonas petroleras, la violencia estructural de nuestra sociedad expulsa a masas de colombianos humildes —provenientes principalmente del campo— hacia las ciudades petroleras que súbitamente han tenido un inesperado crecimiento demográfico. Gran parte de estas personas no tienen ningún contacto con los petroleros y ninguna referencia a las luchas de estos

por mejorar la condición económica y social de las zonas a donde ahora viven. Ese crecimiento urbano, acelerado y forzado, ha creado nuevos barrios en los que no hay ningún nexo, ni material ni anímico, con los trabajadores petroleros y a los cuales los dirigentes sindicales de la USO jamás visitan o se acercan, y en términos espaciales están separados de los barrios donde ellos residen.

Junto a la violencia estructural sobresalen los efectos, también violentos, de la implantación del neoliberalismo, cuyas principales consecuencias son la flexibilización, la deslaboralización (la destrucción de las formas colectivas de trabajo y de organización de los trabajadores), el individualismo, el culto a la competencia, la conversión de los sindicatos en organizaciones patronales o en ONG. Esto modifica la forma de contratación, que se manifiesta en que hoy la mayor parte de los trabajadores sean contratistas a término fijo y no cuentan con las garantías de los trabajadores de planta. Como consecuencia, tenemos trabajadores que cumplen contratos, no tienen estabilidad, a menudo provienen de otras regiones y no tienen vínculos ni nexos con los pobladores locales.

Las consecuencias de este distanciamiento son evidentes, y, como resultado, en las últimas décadas se aprecia en forma paralela la burocratización sindical y la poca simpatía de las comunidades respecto a los trabajadores sindicalizados.

Teniendo en cuenta esta situación, en la actualidad, sería necesario recuperar los antiguos vínculos e impulsar lo que David Harvey denomina un *sindicalismo social*, que vaya más allá de las reivindicaciones inmediatas de los trabajadores e incorpore la necesidad y el sentir de las comunidades en las zonas petroleras, asoladas por la violencia, el desempleo, la carencia de servicios públicos, el abandono estatal en el ámbito social, aunque no en el represivo (Harvey, 2007, p. 67). Esto, desde luego, supone un cambio en la orientación de la USO, si es que quiere recuperar en parte su carácter de una organización sindical amplia que participa en la defensa de los intereses de grandes grupos de la población. Algo que las actuales directivas de la USO no parecen dispuestos a llevar a cabo, enconchados como están en un burocratismo inane, y cuando muchos de ellos no actúan como trabajadores, sino que parecen empresarios, cuyo interés radica en fomentar el emprendimiento para obtener beneficios por todo lo que hacen.

Nacionalismo cosmopolita, defensa de la soberanía nacional en tiempos de los enclaves

El primer enclave petrolero en Colombia, el de la Tropical Oil Company, dio origen a un sentimiento nacionalista por parte de los trabajadores agrupados en la USO. Ese sentimiento se fue forjando en la medida en que se evidenciaba el carácter expoliador de la empresa y del entreguismo de los bienes naturales por el Estado de Colombia y sus clases dominantes. Esto generó las condiciones para que una amplia y diversa masa de trabajadores, de distintas procedencias étnicas, geográficas y culturales, forjara un sentimiento propio, al que hemos denominado nacionalismo cosmopolita (Vega Cantor et al., 2009, p. 363). Con este apelativo, aparentemente contradictorio, hemos puesto de presente dos cosas. De un lado, la formación de comunidades obreras cosmopolitas, es decir, configuradas por múltiples influencias, una de cuyas características sobresalientes fue la de superar en la práctica las formas predominantes, en los ámbitos social y cultural, en el resto del territorio colombiano. Esa superación se expresó en múltiples terrenos, entre los que cabe destacar el rol de la mujer que adquirió niveles de independencia y autonomía que no gozaba en el resto del país, y de ahí el carácter despectivo y peyorativo como desde un primer momento se calificó a las barranqueñas. En el mismo sentido, sobresalió que los petroleros, aunque sin ser ateos, rompieran con los moldes tradicionales del catolicismo conservador predominante en gran parte de Colombia, y sobre todo en la región Andina.

De otra parte, se generó un fuerte sentimiento de rechazo a las compañías extranjeras y de defensa de la soberanía colombiana en un terreno concreto, el referente a la necesidad de que el recurso petrolero fuera manejado por la nación y redundara en su beneficio. El logro más importante de ese sentimiento, al que Diego Montaña Cuéllar (1976) calificó de “patriotismo proletario”, fue la creación de Ecopetrol, algo que

fue producto tanto de la conciencia nacionalista de los trabajadores como de la lucha práctica en grandes huelgas y movilizaciones, antes y después de 1951. Ese nacionalismo petrolero se forjó al calor de la lucha e impregnó todas las actividades de las comunidades petroleras, entre las que sobresalió su cultura rebelde.

Ahora, desde hace varias décadas, se ha acentuado la dominación imperialista a nivel mundial — presentada con el eufemismo de globalización—, como resultado de lo cual las potencias y sus empresas han recuperado el dominio de los recursos naturales en diversos lugares del mundo, y Colombia no es la excepción. En estas circunstancias, los ideólogos de la dominación imperialista plantean que el nacionalismo no tiene razón de ser, es un anacronismo histórico, que no puede impedirse de ninguna manera la inversión extranjera y la apropiación de las riquezas de un país sin ningún tipo de restricciones porque eso impediría el progreso y el desarrollo. Esa es una de las falacias típicas del mal llamado “libre comercio” y de sus tratados leoninos que han significado el regreso a la vieja división internacional del trabajo, el retorno a las economías primarias y la vuelta de los enclaves, un modelo de explotación y de relación entre centros y periferias que se creía rebasado desde hace décadas.

Pero no es así, porque, nuevamente como hace un siglo, los enclaves están de regreso y con el mismo carácter depredador de los bienes naturales, expoliador de los territorios y explotador de contingentes de trabajadores, como lo evidenció no hace mucho tiempo el sonado caso de la Pacific Rubiales en los Llanos Orientales. En ese enclave se reproducían las mismas condiciones laborales de los enclaves en las primeras décadas del siglo XX, como si estuviéramos hablando de un regreso al pasado.

Esto indica que en la actualidad adquieren importancia dos elementos que distinguieron a la USO en sus mejores momentos: uno, la defensa la soberanía nacional y de los bienes comunes de la nación ante el apetitivo voraz de las empresas multinacionales del petróleo y la energía; y dos, la organización de los trabajadores en los nuevos enclaves para mejorar sus condiciones vitales y de las comunidades adyacentes. Eso requiere recuperar el nacionalismo cosmopolita en el contexto actual, en donde se fundan lo local, lo nacional y lo internacional.

La bicicleta y el ecologismo de los pobres



Figura 2. Manifestación de trabajadores. Barrancabermeja, 1960. Fuente: archivo fotográfico Corporación Aury Sará Marrugo.

Durante el período transcurrido entre finales de la década de 1940 y la de 1980, la bicicleta se convirtió en el medio de transporte cotidiano de los trabajadores petroleros en la ciudad de Barrancabermeja, incluso era uno de sus rasgos de identificación cultural. Los registros fotográficos de la época muestran a los trabajadores petroleros en sus bicicletas en los diversos espacios en donde desenvolvían sus actividades cotidianas: al salir o llegar a la refinería, en las calles de la ciudad, en los campamentos petroleros y durante las huelgas, paros y manifestaciones que realizaba la USO. En todas partes la bicicleta era una compañera inestimable de los trabajadores petroleros.

En esos tiempos, en Barrancabermeja, circulaban pocos automóviles y motocicletas. Incluso, el automóvil era un signo de identificación, pero de otro sector, que estaba vinculado primero a la TROCO y luego a ECOPETROL, de los altos empleados, ingenieros y directivos. El automóvil privado era un elemento de diferenciación y de segregación, porque solo era utilizado por sectores claramente delimitados de las empresas petroleras. Era la época en que muy pocos sabían conducir un automóvil, un saber que en ese momento era exclusivo de los sectores de élite. Eso se expresó en forma notable en la huelga de 1971, cuando dentro de la Refinería los trabajadores de base se tomaron los carros de los ingenieros y aprendieron a manejar en forma autodidacta y sobre esos carros escribieron letreros que denunciaban a la empresa y a sus altos directivos.

Desde comienzos de la década de 1990 las cosas empezaron a cambiar en Barrancabermeja y en el resto del país, cuando, tras la apertura económica del gobierno neoliberal de César Gaviria, se dio vía libre al ingreso de automóviles y posteriormente de motocicletas. En poco tiempo cambió el panorama urbano del país y ciudades, grandes y pequeñas, e incluso pequeños poblados se vieron súbitamente inundados de carros y motos. Eso cambió el ambiente cotidiano de Barrancabermeja y de los pueblos petroleros, en donde el ruido, la contaminación, los embotellamientos, los muertos y heridos por los vehículos motorizados se convirtieron en la rutina de todos los días, como en cualquier urbe de Colombia y el mundo.

Esta dura realidad tocó a los petroleros que abandonaron la bicicleta que tan útil había sido durante unos 40 años y algunos compraron carro propio, y la mayoría adquirió motocicletas. Unos pocos, los altos directivos de la USO, empezaron a emplear, para resguardarse de las amenazas y atentados, automóviles de alto cilindraje, camionetas polarizadas y guardaespaldas. Es decir, que por necesidad al principio los dirigentes de la USO terminaron asimilando uno de los elementos culturales que distinguían a las élites de ingenieros y funcionarios de alto rango de Ecopetrol y de las multinacionales. Lo que fue producto de la necesidad con el tiempo se convirtió en un modelo de vida. un componente característico de la burocracia sindical, cada vez más distanciada del resto de la población.

Ahora bien, la contaminación, el calentamiento global, el agotamiento del petróleo y todos los males asociados al automóvil han planteado nuevamente la importancia de recuperar la bicicleta como un medio de transporte amable con el medioambiente. En esas condiciones, hoy en diversos lugares del planeta se vuelve a usar la bicicleta y se plantea el abandono del carro particular. Esa reivindicación conecta el presente con el pasado inmediato en el caso de la USO y de Barrancabermeja, en la medida en que nos muestra la importancia de recuperar un elemento de la cultura de los petroleros, la bicicleta, que tan visible fue durante décadas en el ambiente urbano de la ciudad.

Esta recuperación no es un proyecto nostálgico de querer regresar al pasado, es más bien la certeza de que en el pasado existen elementos fundamentales para afrontar el presente y el futuro y eso cobra mucho sentido en el caso de los efectos devastadores del automóvil, y ahora de la motocicleta, como uno de los componentes centrales del capitalismo. Esa crítica al automóvil se sustenta en un hecho elemental: la bicicleta es una técnica democrática, mientras que el automóvil es una tecnología autoritaria. Esta diferenciación subraya que las tecnologías autoritarias se basan en un sistema poderoso (el capitalismo), pero inherentemente inestable, que devoran grandes cantidades de materia y energía para funcionar, mientras que las técnicas democráticas se centran en los seres humanos débiles y son técnicas duraderas y polivalentes que hacen un uso discreto de los dones de la naturaleza.

En síntesis, la técnica democrática hace alusión a métodos de producción a pequeña escala que se sustentan principalmente en habilidades humanas, mientras que la tecnología autoritaria son complejos entramados basados en la coerción que expresan hostilidad hacia la vida orgánica y cuyo objetivo no es beneficiar a los seres humanos, sino generar ganancias para sectores minoritarios de la megamáquina capitalista (Munford, 2006, pp. 185-196).

Esta diferenciación recalca que la bicicleta no requiere para ser empleada de mucha energía exómatica, como si la necesita el automóvil. En efecto,

El ciclista lo crea todo a partir de casi nada, convirtiéndose en el ser más eficiente energéticamente de entre todos los animales y máquinas que se mueven; y, como tal, tiene una capacidad ímproba para desafiar todo el sistema de valores de esta sociedad. Los ciclistas no consumen bastante. La bicicleta puede ser demasiado barata, demasiado saludable, demasiado independiente y demasiado equitativa como para que le vaya bien. Siguiendo los planteamientos de Jim McGurn en una era del exceso, es minimalista; y ostenta el potencial subversivo de hacer feliz a la gente en una economía impulsada por la frustración de los consumidores (como se citó en Riechmann, 2012, p.7).

Hoy debe plantearse que la bicicleta es importante como medio alternativo de transporte, algo que adquiere un sentido directo en una zona petrolera como Barrancabermeja, sometida a la dictadura diaria del automóvil y de la motocicleta. Por supuesto, a primera vista puede pensarse que este tipo de planteamientos no tiene ni sentido ni futuro, porque los vehículos motorizados están ahí para quedarse por siempre. Este supuesto, visto en el mediano plazo de pocas décadas, es el que no tiene futuro, ante el ocaso del petróleo y la ineficiencia energética de los automóviles y de las motocicletas, con los problemas que generan en términos ambientales, sociales y económicos.

En fin, la bicicleta que distinguió a los trabajadores petroleros fue una muestra anticipada no solo de otra forma de movilidad —que cobra actualidad en medio del caos urbano motorizado de nuestros días—, sino de algo que hoy se ha denominado el *ecologismo de los pobres*. Por esto último se hace referencia a un conjunto de prácticas cotidianas y en muchos casos espontáneas de los sectores populares que confrontan la destrucción ambiental que genera el capitalismo, aunque no se tenga clara idea en términos teóricos de lo que puedan significar.

La cultura obrera, el obrero ilustrado en la época de la dictadura digital

Durante gran parte de su historia, la USO encarnó un proyecto de organización sindical que impulsó una propuesta cultural que forjó algunos elementos de identidad de clase, entre los cuales sobresalieron ciertos aspectos culturales, que le dieron una fisonomía propia a Barrancabermeja. Esa cultura rebelde, de base obrera y popular, se gestó al calor de la lucha contra la Tropical Oil Company, primero, y, desde finales de la década de 1950, contra Ecopetrol. Emergía con fuerza en las huelgas, protestas y movilizaciones, pero se construía en la vida cotidiana, y eso se realizó en forma colectiva desde el mismo momento en que surgió el enclave petrolero.

Entre esas expresiones culturales estaban la producción de una prensa propia, que comenzó con la labor del tipógrafo rebelde Raúl Eduardo Mahecha y sus periódicos *Vanguardia Obrera* y *Germinal*. Eso se proyectó después con *La Voz del Obrero* en la década de 1930 y con *El Petrolero* en la década de 1940 y en la década de 1960, hasta llegar al *Frente Obrero* que se viene publicando desde hace más de medio siglo y tuvo momentos de auge durante las grandes huelgas de 1971 y 1977. En esta prensa fue notable el esfuerzo hecho por los trabajadores petroleros de analizar su propia situación y denunciar las condiciones de funcionamiento del enclave y de los campos petroleros, e incluso de generar una literatura propia. Debe recordarse que, en varias huelgas, empezando por la de 1924, entre los puntos del pliego de peticiones de la USO se destacaba uno, que hoy puede parecer obsoleto y anacrónico: que se permitiera a los trabajadores leer la prensa en los campos petroleros. Esto para recalcar que los trabajadores petroleros no solo eran operarios manuales, sino que se reclamaban como *sujetos políticos* que reivindicaban la importancia de

pensar, reflexionar. Para ello era importante leer y estudiar, como bien lo enseñó Mahecha durante su paso por Barrancabermeja en la década de 1920.

Desde la década de 1920, Barrancabermeja, la USO y los trabajadores petroleros del puerto se convirtieron en un epicentro que atraía a poetas, letrados, escritores, políticos de diversas tendencias, entre los que predominaban comunistas y liberales. Por calles, plazas, parques, teatros de Barrancabermeja desfilaron Ignacio Torres Giraldo, María Cano, Luis Vidales, Apolinar Díaz Callejas, Nicolás Guillén, Gilberto Viera, Diego Luis Córdoba, Gonzalo Buenahora, Lombardo Toledano..., lo que indicaba la importancia que se le atribuía a la región como zona obrera, y el destello de una cultura con rasgos propios que atraía a ilustres visitantes nacionales y extranjeros.

En el mismo sentido, se destaca que en Barrancabermeja la USO luchó por que se estableciera una biblioteca popular, la cual se creó efectivamente luego de la huelga de 1963; fue llamativo que sus impulsores fueron dirigentes despedidos en esa protesta laboral. Esa biblioteca fue durante muchos años un centro de aglutinamiento de la población barranqueña, pero lamentablemente en el presente siglo fue decayendo lentamente, hasta su entierro definitivo en 2022.

La USO fue pionera en otras actividades propiamente culturales como la proyección de cine, el cual se hacía en las instalaciones del Teatro Unión en El Centro, que era administrado por la TROCO, pero que fue una exigencia de los trabajadores para esparcirse en su tiempo libre.

Además de estas actividades culturales, inscritas en la lógica de la ilustración, del culto a la imprenta y a la letra impresa, hay otro elemento del aporte cultural de la USO de índole más general, que se proyectaba hacia el resto de la sociedad y del país. Nos referimos a que muchas de sus reivindicaciones reflejan el proyecto de forjar otro sentido común, que tuviera influencia más allá de la propia clase trabajadora y fuera permanente. Al respecto, vale recordar lo que decía el crítico literario y pensador marxista Raymond Williams, refiriéndose a Inglaterra:

Debido a su posición, la clase obrera no produjo, desde la Revolución Industrial, una cultura en el sentido más restringido. La cultura que debemos a ella, y que es importante reconocer, es la institución colectiva democrática, ya sea en los sindicatos, el movimiento cooperativo o un partido político. La cultura de la clase obrera [...] es primordialmente social (en el sentido de que no creó instituciones) antes que individual (en un trabajo intelectual o imaginativo determinado) (Williams, 2001).

Pues bien, la USO en Barrancabermeja forjó una *estructura de sentimientos*, una noción referida al tono y el latido de una época y de un lugar determinado, a algo intangible que gravita sobre una sociedad concreta. Esa estructura de sentimientos se manifestaba en mostrar la importancia de la lucha para construir una organización sindical, en enfrentar a las empresas y el Estado, en asumir los costos que pudiera tener la defensa de la soberanía nacional y de los bienes naturales, en democratizar las diversas esferas de la vida, en romper con el férreo dominio de valores pacatas anclados en los dogmas de la moral católica... Esos valores culturales impulsados por la USO buscaban forjar una cultura democrática encaminada a generar un beneficio social de tipo general.

Hoy en día de todo eso poco persiste. La violencia desatada desde mediados de la década de 1980 en Barrancabermeja y su zona de influencia apuntaba a dismantelar lo que fuera diferente, como lo que encarnaba la USO como proyecto contracultural. Eso fue liquidado a sangre y fuego y sobre los escombros se impuso la flexibilización laboral, se domesticaron a los nuevos dirigentes de la organización y así estamos.

Ese resultado no es ni mucho menos el único camino que queda, y frente al cual no se podría hacer nada. Ese fatalismo genera inmovilidad. Ahora, en el presente habría que retomar viejas propuestas y realizaciones para ajustarlas a los nuevos contextos y para afrontar el carácter destructivo de la cultura de masas y de su culto al consumo. Allí habría que rescatar la importancia de espacios, como los clubes, los teatros, donde pudieran encontrarse trabajadores y habitantes barriales para discutir, estudiar y pensar sus problemas y

posibles soluciones. Revivir la lectura de material escrito, entre ellos periódicos, revistas y libros, y volver a crear y participar en círculos de estudio y de lectura, incluyendo la lectura en voz alta, porque esta es una práctica que crea y fortalece la comunidad, crea sentimientos de unidad y solidaridad, democratiza el saber y ayuda en dirección de combatir la dictadura digital del *smartphone*, terriblemente destructiva y corrosiva. Para hacer esto posible se requiere de un poco de esfuerzo, compromiso, disciplina e interés en romper con las rutinas hoy dominantes en la vida cotidiana, y algo de voluntad política para contribuir a forjar sujetos críticos y pensantes, ligados al mundo del trabajo, indispensables para pensar en construir otros mundos posibles y necesarios.

Referencias bibliográficas

- Allier Montaña, E. (2008). Los Lieux de mémoire: una propuesta historiográfica para el análisis de la memoria. *Historia y Grafía*, (31) 166-167.
- Benjamin, W, (2009a). Eduard Fuchs, coleccionista e historiador, en *Obras Completas*, Tomo II, 2. Editorial Abada.
- Benjamin, W. (2005). *Libro de los pasajes*. Editorial Akal.
- Benjamin, W. (2009b). *La dialéctica en suspenso. Fragmentos sobre la historia*. LOM.
- Benjamin, W. (2007). *Sobre el concepto de historia. Tesis y fragmentos*. Editorial Piedras de Papel.
- Caro, E. (2013). El petróleo es de Colombia y para los colombianos; la huelga de 1948 en Barrancabermeja y la reversión de la concesión de Mares. *Anuario de historia regional y de las fronteras*, 18(2), 383-407.
- Castel, R. (2010). *El ascenso de las incertidumbres. Trabajo, protecciones, el estatuto del individuo*. Fondo de Cultura Económica.
- Escuela Nacional Sindical (2012). *Imperceptiblemente nos encerraron: exclusión del sindicalismo y lógicas de violencia antisindical en Colombia 1979-2010*. ENS/Comisión Colombiana de Juristas.
- Fontana, J. (Agosto 2018). ¿Para qué enseñar historia? *Educación y cultura*, (127), 8-14.
- Gil, L. (2016) *A century of violence in a red city. Popular struggle, Counterinsurgency and Human Rights in Colombia*. Duke University Press.
- Pontón, G. (2019). ¿Para qué sirve la historia? en: <https://conversacionsobrehistoria.info/2019/04/16/para-que-sirve-la-historia/>
- Gould, S. J. (2020). *La flecha y el ciclo del tiempo. Mito y metáfora en el descubrimiento del tiempo geológico*. Fondo de Cultura Económica.
- Harvey, D. (2007). *Espacios de esperanza*. Editorial Akal.
- Joutard, P. (1983). *Esas voces que nos llegan del pasado*. Fondo de Cultura Económica.
- Ministerio de Gobierno (1934). “Resolución N° 137 de 1934” por la cual se concede Personería Jurídica a la Unión Sindical Obrera. *Archivo General de la Nación, Fondo Ministerio de Gobierno*.
- Montaña Cuéllar, D. (1963). *Colombia país, formal y país real*. Editorial Platina.

- Montaña Cuéllar, D. (1976). *Patriotismo burgués, nacionalismo proletario*. Ediciones La Chispa.
- Munford, L. (2006). Técnicas autoritarias y técnicas democráticas. En J. Riechmann, *Perdurar en un planeta habitable* (pp. 185-196). Editorial Icaria.
- Riechmann, J. (2012). *El socialismo puede llegar sólo en bicicleta*. La Catarata.
- Rivera, G. (2021). *Un genocidio que no cesa. Violencia estatal y paraestatal contra la Unión Sindical Obrera (1923-2016)*. Corporación Aury Sará Marrugo - USO.
- Unión Obrera (1923, febrero 12). Proposición. Archivo USO- Barrancabermeja.
- Vega Cantor, R. (2021). *Sindicalicidio. Un cuento poco imaginativo de terrorismo laboral*. Biblioteca Diego Montaña Cuéllar, Corporación Aury Sará Marrugo - USO.
- Vega Cantor, R. y Núñez Espinel L. A. (2023). *La USO 100 años de lucha y dignidad*. Unión Sindical Obrera /Corporación Aury Sará Marrugo.
- Vega Cantor, R., Núñez Espinel L. A. y Pereira, A. (2009). *Petróleo y protesta obrera. Tomo 1: En tiempos de la TROCO*. Bogotá: Corporación Aury Sará Marrugo.
- Williams, R. (2001). *Cultura y Sociedad 1780-1950. De Coleridge a Orwell*. Ediciones Nueva Visión.
- Zemon Davis, N. (1998) ¿Quién es el dueño de la historia?. La profesión del historiador. *Entrepasados* (14), 111-118.